La soldado Rocío Sierra y su marido, el cabo Óscar Fernández, junto a sus dos hijos, Óscar, teniente del Ejército del Aire y del Espacio, y Aitana, dama cadete de la Academia General Militar de Zaragoza.

FAMILIA FERNÁNDEZ SIERRA

PADRES SOLDADOS, HIJOS OFICIALES

La madre, Rocío, abrió el camino al resto de la familia, un caso singular en las Fuerzas Armadas

LEJOS de la tradición propia de las sagas militares, donde lo habitual es que los padres oficiales inspiren a los hijos, la familia madrileña Fernández Sierra es una historia única en las Fuerzas Armadas: los progenitores son de la escala de tropa; los dos hijos, oficiales. También es novedoso que sea una mujer la que abra el camino al resto de la familia. La madre, Rocío Sierra Ortiz, fue la primera que ingresó en la milicia y, unos meses después le siguió su marido, ambos en el Ejército de Tierra. Con el paso del tiempo, sus dos hijos darían el salto a la oficialidad. El mayor, es teniente del Ejército del Aire y del Espacio y piloto de caza, y la hija, cadete de 2º curso en la Academia General Militar.

A Rocío, la atracción por el Ejército le llegó con 18 años. «Soy muy atrevida y me gusta mucho la aventura. Me emocioné con la película *La teniente O'Neill* y, a partir de ahí, me preparé el examen de ingreso».

«La primera vez suspendí las pruebas físicas, pero insistí y, con ayuda del que hoy es mi marido, Óscar, las preparé a conciencia». Y así, con 19 años entraba a formar parte del Ejército de Tierra. Óscar no tardó en lograr también el ingreso, y actualmente es cabo.

Enseguida llegaría su primer hijo: «Creo que me quedé embarazada el día que juré bandera, quizá eso fuera ya un indicio», ríe al evocar ese momento. Tres años después, vino la segunda, Aitana, y hoy ambos tienen una carrera militar por delante en la escala de oficiales.

Rocío, que ya ha finalizado su compromiso con el Ejército al cumplir los 45 años, es reservista de especial disponibilidad y trabaja, ahora como personal civil, en el mismo destino que tuvo durante sus últimos años de uniforme, una unidad de abastecimiento de vehículos del Ejército de Tierra en la base madrileña de Torrejón de Ardoz.

«Dentro del Ejército me he hecho un currículum, tengo cursos de logística,

Rocío y su marido han hecho un gran esfuerzo durante muchos años para que sus hijos pudieran llegar más lejos que ellos

mercancías peligrosas, todos los carnets de conducir, incluido el de autobús, de riesgos laborales, de soporte vital... Mi padre solía decir que el saber no ocupa lugar y lo tomé al pie de la letra. He aprovechado muy bien el tiempo».

Ella y su marido han hecho un esfuerzo muy grande durante muchos años para sacar a su familia adelante y que sus hijos pudieran llegar más lejos que ellos, renunciando, en el caso de Rocío, a un ascenso que la hubiera obligado a cambiar de destino y alejarla de Madrid.

En aquellos años, las mujeres estaban dando sus primeros pasos en las Fuerzas Armadas y recuerda lo difícil que era la conciliación o sus problemas con la uniformidad en el embarazo: «No había ropa militar de premamá y me iban dando una talla más, hasta que llegó un momento que parecía un payaso. Al final, me dejaron ir de civil al trabajo».

Cuando pidió la vacante a Torrejón le cambió mucho la vida, «para mejor», y también a sus hijos, porque allí empezaron a impregnarse del espíritu militar: «Vivíamos cerca y mis hijos venían al cuartel a vernos. Un día, bajando la bandera, mi hijo, que solo tenía dos años, se puso firmes para saludarla». Su vocación se acrecentó en el Colegio Menor *Nuestra Señora de Loreto*, del Ejército del Aire y del Espacio. «Siempre quise ser militar, pero tenía dudas de por dónde tirar», explica el hoy teniente Óscar Fernández, que ya desde jovencito se volvía loco viendo despegar a los *F-18* en las pistas de Torrejón.

«Me decía: cómo voy a ser yo piloto, si son unos superhombres», recuerda. Desde su familia le animaron a intentarlo, y se puso a ello con determinación en los dos años de bachillerato de excelencia que realizó. Un 13,40 en la nota de la selectividad (EvAU) le abrió las puertas de la Academia General del Aire, de la que salió con el número dos de su promoción de pilotos de caza.

Una de los aspectos que más valora del Ejército del Aire y del Espacio es «la cercanía y relación estrecha que tenemos entre las escalas. La confianza de los oficiales con suboficiales y tropa es absoluta, nos apoyamos mucho en ellos y, a mí, como hijo de tropa, me hace sentir muy orgulloso».

El teniente Óscar Fernández se abraza a su madre tras hacerle entrega de la Cruz a la Constancia en el Servicio de plata por 25 años de servicio.

En el ambiente familiar de su infancia también encontró otros valores. «En casa siempre hubo mucha disciplina pero, a la vez, había mucho cariño, tanto en lo que nos transmitían mis padres, como lo que yo veía en ellos; un gran ejemplo de trabajo y sacrificio».

Convertido en piloto de *F-18* en el Ala 12 de la base aérea de Torrejón, el pasado verano se estrenó en su primera misión internacional, en Rumanía: «Yo me apunto a todo, misiones, ejercicios… Vivo con la maleta debajo del brazo, solo necesito que me avisen con dos horas de antelación y voy donde haga falta».

«En casa había disciplina pero, a la vez, mucho cariño y ejemplo de trabajo y sacrificio», recuerda Óscar

«Me da orgullo que esté donde está, pero no hay día que no sienta miedo», admite Rocío, madre por encima de todo, aunque se guarda para sí sus temores y nunca le dice nada. «Es su ilusión y lo hace con tanto gusto que eso me hace pensar en positivo», remarca.

Ese orgullo es mutuo y así se puso de manifiesto el pasado año, cuando el hijo le hizo entrega a su madre de la medalla de plata por 25 años de servicio, algo que pocos soldados alcanzan, «porque la tropa no permanente no llega a tanto tiempo de servicio con 45 años de edad, que es cuando finaliza el compromiso con las Fuerzas Armadas», explica Rocío.

El próximo mes de julio será su marido, Óscar, el que reciba también la medalla que conmemora sus 25 años de servicio en el Ejército y el deseo de la familia es que, en esta ocasión, sea la hija, Aitana, ya como alférez, la que le imponga ese reconocimiento. Y allí volverán a estar todos para seguir sumando emotivos momentos a su peculiar historia dentro de las Fuerzas Armadas.

Iciar Reinlein